

sido posible, sus particulares locuciones, desconfío de haber dado idea de las mismas. Eran mezcla de simplicidad verdadera, de delicadeza natural y de desdenoso atrevimiento: modificado y realzado, en su conjunto, por la vivacidad de una encantadora fisonomía. Aquel abandono familiar, aquel exceso de confianza tenían, en realidad, mucho de que sorprenderme en fuerza de su rareza. Pero no vaya á creerse tan rígido á un hombre de veintidos años que fuese á condenar, en una joven de diez y ocho, el no haber sabido observar para con él la conveniente reserva. Al contrario: sus confidencias me agradaban y lisonjaban, á un tiempo mismo, á pesar de la declaración hecha por ella de que, si se conducía de aquel modo, era por haber hallado un oyente digno de ella. Sentía yo la presunción propia de mi edad, y mi permanencia en Francia distaba mucho de habérmela corregido. Distintivos regulares y agradable exterior, ventajas cuyo beneficio me adjudicaba á mi propio, no eran, en concepto mio, títulos demasiado débiles cerca de una bella. Siendo mi vanidad favorable á miss Vernon, ¿cómo tratar rigurosamente una franqueza que parecía justificar mi propio mérito? Seducido ya por su llamativo aspecto y por lo singular de su situación, ¿podía yo hacer otra cosa que aplaudir el tacto perfecto que había mostrado en la elección de un amigo?

Desde que miss Vernon se hubo retirado del comedor, la botella circuló, ó más bien voló, sin descanso, al rededor de la mesa.

Educado en país extranjero, sentía yo un vivo disgusto contra la intemperancia: vicio demasiado común entonces, y aún hoy, entre nuestros compatriotas. Los dicharachos que sazonan las orgías no me satisfacían mucho más, y si algo había de hacérmelos más intolerables era el oírlos proferir por personas de mi familia. Aproveché, pues, cierta coyuntura favorable y desaparecí por una puerta lateral, sin saber á donde me conduciría, resuelto á no sufrir, por más tiempo, el espectáculo de un padre invitando á sus hijos á una degradante bacanal y sosteniendo con ellos los más groseros diálogos.

Acontecióme, empero, lo que temi. Corrieron en mi busca gritando que era preciso recuperar por fuerza al desertor de las banderas de Baco. En cuanto percibi los clamores y alaridos de la manada de borrachos, que se precipitaba golpeando con sus grandes botas, por la escalera de caracol en que me había yo ocultado, comprendí que iba á ser detenido si no me apresuraba á largarme de allá.

Abrir una ventana que daba á un jardín de antigua moda y saltar abajo, desde una altura de seis piés, fué obra de un instante. Acto seguido resonaron, tras de mí, los gritos de: « ¡Ohé! ¡Ohé! Se escapó! »

Tomé por una alameda, despues por otra con toda la ligereza de mis piernas, y, viéndome, por fin, libre de la busca de mis perseguidores, moderé el paso para gozar de la frescura del

aire, que los vapores del vino, no menos que la rapidez de mi fuga, hacían doblemente grata.

Paseándome, vi al jardinero muy atareado en sus quehaceres de la tarde, y me detuve para contemplar su laboréo.

— Buenas tardes, amigo; — le dije.

— Buenas, buenas; — contestó el hombre sin mirarme y en un acento que, á la primera palabra, descubría su origen escocés.

— ¡ Hermoso tiempo para vos, amigo!

— ¡ Psé! No hay para que quejarse; — repuso con aquella





sobriedad de elogio que emplean siempre los aldeanos para celebrar el más hermoso tiempo del mundo. Y, levantando entonces la cabeza para ver quién le hablaba, puso la mano en su gorro con aire respetuoso, y añadió: — ¡ Eh! ¡ Válgame el cielo! Deslumbra contemplar en el jardín y á tal hora, un tan bello y recamado *jistocorps*.

— ¿ Bello... qué?

— ¡ Tóma! Un *jistocorps*, una chaqueta como la vuestra. ¡ Pues! Los otros tienen algo más que hacer allá arriba: desbrochar la suya para hacer lugar á las viandas, al puding henchido, y al buen vino, sin duda... Tal es el trabajo de la tarde, en este lado de la frontera.

— No se come tan bien en vuestro país, querido, para sentir deseo de permanecer hasta tan tarde á la mesa.

— ¡ Ah, caballero! Vos no conocéis la Escocia. ¡ No es que falten buenas cosas, no! Tenemos cuanto hay de succulento en caza mayor, volatería y pescado, sin contar las cebollas, los rábanos, nabos y otras legumbres; pero se tiene allá buen sentido y continencia, y es uno moderado en cuestión de boca. Aquí, por el contrario: desde la cocina al comedor se atracan toda su hartura, del principio al fin de las veinticuatro horas. Los días de ayuno, la misma canción. Llamen ayunar al traerles en carruaje el más rico pescado de mar de Hartlepool y de Sunderland: truchas, alosas, salmones y demás. Hacen de su abstinencia motivo de gula y de abominación. ¡ Oh! ¡ Es horroroso! Pero basta de conversación, pues Vuestro Honor es probablemente un papista como los demás.

— Nada de eso. He sido educado en la religión protestante, y soy presbiteriano independiente.

— Tome, pues, Vuestro Honor la mano derecha de un coreligionario; — exclamó el jardinero mostrando tanta alegría como eran capaces de expresar sus rudas facciones; y á fin de probar que su estimación no consistía en palabras, sacó de su faltriquera una caja de cuerno (su « acirate », según él) y me ofreció una toma de tabaco en polvo, dirigiéndome un gesto completamente fraternal.

Después de corresponder á su atención, preguntéle si hacia mucho tiempo que servía á los Osbaldistone.



— ¡ Ah! — exclamó puestos los ojos en el castillo. — Cerca de veinticuatro años hace que estoy entregado á las bestias salvajes de Efeso: tan cierto como que me llamo Andrés Bon-service.

— Pues... si vuestra religión y vuestra templanza, excelente amigo Andrés, se avienen tan mal con los ritos católicos y las costumbres inglesas, paréceme que os habéis impuesto, sin necesidad, muy larga penitencia. Hubierais podido hallar casa en que la mesa fuese menos opípara y la fé más ortodoxa. ¡ Supongo no será por falta de talento que no estáis colocado á gusto!

— No sentara bien en mí hablar de mis méritos; — dijo Andrés dando una ojeada á su alrededor con cierta complacencia; — pero, vanidad aparte, creo entender un poco en el oficio, porque debéis saber que he nacido y soy natural de Drip-daily, lugar en que se hace medrar á las coles bajo campana, y se aprovecha el plantío antes de sazón. Hablando, empero, con franqueza, veinticuatro años hace que, al comienzo de cada estación, me preparo para marcharme. Mas llega el día, siem-



pre hay algo que va á echar flor, y que quisiera yo ver florido, ó algo que va á madurar y que quisiera ver maduro, ó bien algo que sembrar y que quisiera ver cómo nace y... nada: de fin en fin de año, aquí me tenéis. Y si os dijera que, con seguridad, me voy para la Candelaria, no estaría más cierto de ello que veinte años atrás, y á la postre, aquí me encontraríais destripando mis terrones. A mayor abundamiento, y para no ocultar nada á Vuestro Honor, Andrés no ha podido dar con mejor colocación. Si Vuestro Honor quisiera indicarme otra en que poder oír la pura doctrina, y hacer pastar á una vaca, con casita, jardincito y más de diez libras anuales de gajes, sin amo para contar las manzanas, creed que os quedaria yo muy reconocido.

— ¡ Brabo, Andrés! Si no encontráis, no es por falta en el pedir.

— Nadie lo prohíbe. ¿ Tiene que pasar uno toda la vida para ser apreciado en su justo valor?

— ¡ A lo que observo, no profesáis afición á las señoras!

— ¡ No, á fe mía! Después del padre Adán, son la perdición de los jardineros. ¡ Ah, lo que pueden las malas prácticas! Necesitan albaricoques, peras, melocotones y manzanas, tanto en verano como en invierno, sin curarse de si la estación los da de sí. Pero, á Dios gracias, no tenemos aquí tamaña peste, exceptuando la vieja Marta; y aun ésta no se contenta con el permiso concedido á los chiquillos de su hermana, de picotear las moras, cuando vienen los domingos á tomar el thé en la habitación del conserje... con cuyo motivo, les regalo yo alguna blanda manzana para su cena.

— ¡ Olvidáis á vuestra joven señora!

— ¿ Qué señora es la que olvido? ¿Cuál?

— Vuestra joven señora miss Vernon.

— ¡ Ah! ¡ la pequeñita! No es tal señora, caballero. Deseo que sea la de ella misma, y también que no sea la de cierto particular, de aquí á mucho tiempo. Es un salvajito: tal como suena.

— ¡ Hola! — exclamé más vivamente interesado de lo que

me atrevia á reconocer y á déjarle presumir. — ¿ Conocéis los secretos de la familia, Andrés?

— Si les conozco, debo guardarlos, y no fermentarán en mi boca como la cerveza en la tinaja: os respondo de ello. En cuanto á miss Diana... para mí, ni es carne ni es caldo.

Y púsose á cavar con redoblado ardor.

— Acabad, — dije; — soy amigo de la familia, y quisiera conocer bien á la joven.

— Pues mucho me temo que es algo más que una valiente muchacha; — indicó Andrés guiñando el ojo, y meneando la cabeza con aire grave y misterioso. — Hay gato encerrado... ¿ Vuestro Honor me comprende?

— ¡ No, á fe mía! Procurad ser más explícito; — dije, haciendo deslizar una « corona » en su callosa mano.

Al contacto del dinero, el jardinero gesticuló sonriendo y me dirigió un leve saludo, mientras metía la moneda en la faltriquera de su vestido. Después, á fuer de hombre que adivina aquello en que debe insistir, irguióse, cruzó los brazos sobre su chaleco, é imprimiendo á su aspecto una solemne seriedad, confióme la importante revelación que sigue:

— Sabed, pues, joven señor mío, ya que saberlo ansiáis, que miss Vernon es...

Aquí, suspendiendo el discurso, contrajo sus ahondadas mejillas hasta que sus quijadas y barba puntiaguda tomaron la forma de un rompe-avellanas; guiñó segunda vez el ojo, frunció las cejas, sacudió la cabeza y pareció creer que bastaba todo aquel juego de la fisonomía para hacerse inteligible.

— ¡ Gran Dios! — exclamé. — ¡ Tan joven, tan bella y perdida ya!

— ¡ Oh!... Podéis asegurarlo... perdidos cuerpo y alma. Por de pronto, es papista, y además...

Su prudencia de escocés dominóle de nuevo, y permaneció con la boca cerrada.

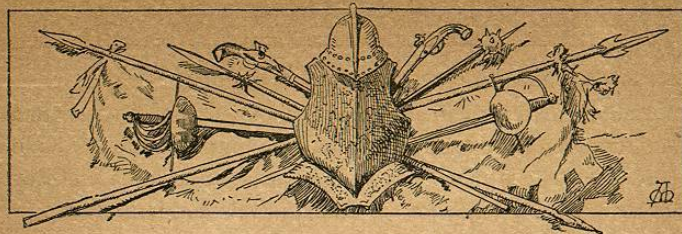
— ¿ Qué más? — repuse vivamente. — ¡ Quiero saber lo que eso significa!

— Además es la jacobita más rabiosa de todo el condado.



— ¡ Con que jacobita ! Y... ¿ eso es todo ?

Andrés me miró con aire pasmado, oyéndome apreciar tan á la ligera semejante confianza. Luégo, murmurando : — Es lo peor que sé de la niña ; — volvió á cavar como lo hace el Rey de los Vándalos en *Belisario*, última novela de Marmontel.



## CAPÍTULO VII.

*Bardolfo.* El Sherif está á la puerta, seguido de una escolta interminable.

SHAKSPEARE. — *Enrique IV.* — Parte primera.

**N**o sin trabajo dí, al fin, con el aposento que se había dispuesto para mí. Después de haberme granjeado el celo y los buenos oficios de la servidumbre, mediante argumentos interesantes para ella, encerréme en mi habitación por el resto de la tarde.

Dado el bonito sesgo que habían tomado las cosas en el salón de piedra, (como se apellidaba el comedor,) no menos que la batahola, cuyo debilitado eco llegaba aún hasta mí, pensé que mis nuevos parientes no debían ser, para un hombre sobrio, compañía decente.

¿ Qué intención podía haber sido la de mi padre enviándome á permanecer en el seno de aquella extraña familia ? Tal fué la primera y más natural de mis reflexiones.

Habíame recibido mi tío como si fuera á darme hospitalidad durante algún tiempo, y ésta, montada á la antigua, le pre-